

JUAN LIAÑO LIAÑO

EL AMOR  
 QUE  
PERSIGO



UNIVERSO  
*de* LETRAS 

---

---

---

# RELATOS

---

---

---

# La fiesta de Mo

A las ocho de la mañana el ajetreo en la oficina ya es de infarto. Siempre exigente, exprime a los adormilados oficinistas al ciento diez por ciento sin esperar a que espabilen un poco y calienten motores.

Los tubos de neón, colocados en hileras paralelas, cubren la superficie del techo. Son tantos que apenas dejan espacio para las sombras; si acaso, una tenue pincelada bajo las mesas y las sillas, ni siquiera bajo la nariz, acentuando así el aspecto más impersonal de la vida.

A Mo, de habitual noctámbulo y poco amigo del despertador, hoy no parece afectarle la carga de trabajo ni el ruido de fondo ni las luces. Lleva levantado desde las cinco y sigue como una moto, ajeno a las horas que le ha robado al sueño y a sus consecuencias, como que la batería se le funda cuando más la necesite.

Mientras los demás tiran de mala gana de sus cuerpos para cumplir con el rito diario, él no para: va y viene, sale y entra de los cubículos que parcelan la enorme planta, desaparece, rea-

---

parece, viene, va, vuelve sobre sus pasos, va, viene, desaparece y reaparece de nuevo, vuelve a venir, a irse, a perderse y en todo momento sin dejar de morderse lo que le queda de las uñas. No lo puede evitar, dice, a pesar de dolerle un poco en las raíces.

Está nervioso y no sabe, está nervioso y no para. Por más ganas que tiene no puede hacer otra cosa que esperar a que el tiempo eche a correr de una puñetera vez al ritmo de sus latidos. Y esto le hace pensar en la extrema labilidad del tiempo, que no acierta a saber si es debida a sus excesos o al gusto por embromarle, aunque se inclina más por lo segundo, ya que, de unos años para acá, cada vez que abre los ojos después de cerrarlos el lunes parece que fuera viernes, y eso lo tiene mosca... o depre, no acierta a saber; en cualquier caso, lo deja pillado.

En este estado, Mo no ve a Mo, sí, en cambio, a los otros en los que se mira cuando le preguntan por los duendes que le tiran de las orejas. Y lo que ve en sus ojos, en sus pasos apresurados tratando de seguir los suyos, en sus palabras y gestos atropellados, se parece mucho a la ansiedad.

Mo necesita espacio, pero nada de lo que hace para matar el tiempo le sirve.

Los otros con los que tropieza en su extraviado deambular son muchos, pero no son ellos, sino sus amigos de siempre, la mayoría de camino a esa hora, los que acaparan su atención.

Lucio y Txema, a los que conoce desde parvulito, están a punto de llegar a la ciudad. Mo los invitó a su fiesta de cumpleaños y ahora que están muy cerquita no puede reprimir la emoción ni refrenar la fantasía, que se le dispara a cada minuto que pasa, sobre el feliz encuentro. Los nervios lo atenazan, le

---

impiden hacer otra cosa que no sea dar vueltas sin ton ni son y tropezar a cada paso con los demás y con las esquinas.

No sabe cuántas veces ha mirado los relojes que cuelgan del techo a lo largo de los pasillos ni cuantas más los mirará, como si no tuviera otra cosa que hacer más que ver cómo cimbrean las agujas —tic tac, tic tac, tic tac— al recorrer sus circunferencias. Y así una hora tras otra, minuto a minuto, segundo a segundo, esperando a que suene el timbrado de salida, esperando a que suene, hasta que...

Cerca de las dos, a poco menos de una hora para salir, la cabeza de Mo, agotada por la falta de sueño y por la tensión, cae a plomo en la mesa. Se sentó un momento para comprobar algunos datos en la pantalla del ordenador, pero el baile de números lo arrastró al sueño.

La noche la pasó en vela asaltado por los mil pequeños detalles de la fiesta que ha organizado, temeroso por los imprevistos de última hora, los que surgen cuando el tiempo ya no deja espacio para reaccionar.

—¡Eh, Mo, la hora!... ¡Mo, Mo, despierta, que cierran la puerta!... —Mo no se da por aludido, duerme como un tronco y sueña con la fiesta y con el millón de detalles que se le escapan. «Si tuvieras dinero, otro gallo cantarí», le dice un tipo con el que tropieza allí dentro, un híbrido en el que no acierta a identificar a los que asoman en su rostro cambiante, en las gasas que apenas cubren su cuerpo femenino, en la voz áspera y el tono recriminatorio de sus palabras.

—¡Mo, vamos, despierta!

—Ya vooyo —Reacciona—. Solo un segundito —responde, adormilado—. No tardo.

---

Pero no, Mo no va. El sueño lo tiene bien agarrado y tira de él con fuerza hasta llevárselo a lo profundo. Como le ocurre a los que mueren al liberarse el alma del cuerpo, se ve allá abajo caminando a casa por extraños parajes. Un disparadero de imágenes y escenas, desecho de las preocupaciones que le rondan y anticipo de las horas que le esperan, se suceden; cuatro horas, concentradas en apenas unos segundos, que comienzan a rodar en la ratonera de su casa, justo después de llegar de la oficina.

Mientras espera, no sabe qué hacer, si quedarse de brazos cruzados a que pase el tiempo o seguir dando vueltas haciendo cosas absurdas, como abrir y cerrar puertas para nada, leer sin enterarse de lo que lee o sentarse cada dos por tres y levantarse raudo en cada ocasión para salir disparado hacia ningún sitio.

Visto lo visto, después de sufrir lo suyo, decide que mejor se larga al aeropuerto. Faltan casi dos horas, pero ya no puede más. Así que, sin pensárselo dos veces, coge el periódico y un par de bolígrafos y tira millas.

Nada más atravesar el umbral de la puerta le asalta la duda: «las llaves, ¿cogí las llaves?». Veloz como el rayo, se da la vuelta y se lanza sobre la puerta antes de que se consuma el desastre. Respira aliviado. «¿Dónde demonios las puse?». Hace memoria. No dar con las llaves a la primera le pone de los nervios, y como siempre que se pone de los nervios al no encontrar a la primera lo que busca repite la secuencia de gestos, en esta ocasión bolsillo a bolsillo, una, dos, tres veces, al principio para invocarlas, luego, por hacer algo, antes de percatarse de que las lleva enganchadas al pantalón. «Bueno, ya está», murmura. Pero no, porque a pesar de haberlas encontrado, a pesar de saber



---

que las lleva consigo, la duda persiste obligándole a entrar de nuevo para comprobar, por ejemplo, que apagó el calefactor del cuarto de baño o que cerró el grifo del lavabo o que... Mo no para de mirar por todas partes y de revisar la casa habitación por habitación sin saber para qué. Aunque todo parece en orden, sigue intranquilo. Al poco, después de decirse que ya está bien de tonterías, sale de nuevo a la calle. Instintivamente, palpa el manojito de llaves. Ahora sí las lleva, así que cierra la puerta decidido, da un enérgico giro sobre el punzón de los talones y se encamina al garaje. Cinco metros antes de llegar, pulsa el mando electrónico de la persiana corredera. A cada paso lo pulsa para hacerse una idea de la intensidad de las interferencias. A veces, la persiana responde al instante; otras, a un solo metro de distancia. Esta vez apenas necesita un par de pasos para que se active. Mo se da prisa, se agacha, pasa, espera un instante, se acerca al coche, abre la puerta del coche, entra, se acomoda, introduce la llave, enciende el motor y sale. Ya en la calle se detiene a esperar el momento propicio para colarse en la caravana serpenteante de vehículos que colapsa la autovía, momento que siempre coincide con el desliz de algún despistado que se pone a trajinar con el móvil al ponerse en marcha el coche de delante.

La circulación, aunque densa, no se detiene. Al aeropuerto llega casi sin darse cuenta. Dos grandes paneles situados en la vía de acceso le informan. En la bifurcación, toma la dirección indicada para la llegada de los vuelos y se dirige al *parking* P1, el más próximo a la entrada. Saca el *ticket* en la máquina de acceso, lo recoge y entra por la planta superior. La recorre despacio mirando con avidez a uno y otro lado en busca de un hueco. No se le había ocurrido pensar que estaría completo. Mira por

---

el espejo retrovisor. Un coche le pisa los talones. Mo se aferra al volante; no está dispuesto a que le pisen la primera oportunidad que se presente. Gira a la izquierda y mira de nuevo por el espejo retrovisor. Ni un hueco frente a él, tampoco detrás. Respira aliviado. Sale al exterior y encara la rampa. Entra en la planta 0 y la recorre en zigzag siguiendo las flechas amarillas pintadas en el suelo. Nada, ni una mísera plaza libre. Hasta las zonas prohibidas están ocupadas. Desesperanzado, mira el reloj y jura en arameo. «¡Mierda de Ayuntamiento!», protesta. Por fin, a su altura por el lado izquierdo sale uno. Frena en seco, retrocede un poco para dejarlo maniobrar y espera a que recule y se largue. Por el espejo retrovisor reconoce al coche que le seguía. Se ha parado justo detrás, esperando como él, buscando como él. Sonríe; ya no tiene de qué preocuparse. «¡Jódete!».

Aparca. Mira de nuevo el reloj. Dispone de casi una hora. Baja del coche, se dirige a la escalera, sube a la planta principal del *parking* y coge el túnel acristalado que la conecta con la zona de Salidas, donde se encuentra la cafetería.

A través de la cristalera panorámica de la cafetería observa el movimiento en las pistas: los aterrizajes y despegues de los aviones, los camiones de repostaje, los vehículos articulados de carga, el desembarco de pasajeros, los autobuses para recogerlos o depositarlos a pie de escalerilla... Al cabo de un rato, después de hacerse una idea de cómo funcionan las cosas en la pista, captura entre los dedos pulgar e índice de la mano derecha la imagen de los aviones, de los vehículos, de los operarios, de los pasajeros... y juega a trasladarlos de lugar, de los hangares a los aviones y de estos de nuevo a los hangares o a las puertas de embarque, como recuerda que hacía de pequeño con los clics.

---

A cada poco echa una ojeada alrededor para cerciorarse de que nadie le mira y continúa jugando. Lanzando imaginariamente los aviones al vuelo se siente un dios en miniatura. Siempre soñó con pilotar uno, el más grande y panzudo, para ver desde arriba el mapa de la tierra o las blancas cumbres congeladas que forman las nubes los días de tormenta. «Allí arriba no existe la velocidad; el tiempo, sí, se nota en el cansancio que se apodera de las piernas y en el silencioso recorrido del segundero en el interior de la cajita del reloj», piensa.

La espera se hace interminable. Mira la hora. «¡Solo han pasado quince minutos!», se sorprende. La impaciencia se lo come. Se acerca el reloj a la oreja para ver si funciona y se exaspera por lo lento que pasa el tiempo en situaciones así. Su ánimo, hasta ese instante contenido, se transforma en un torbellino de negra desesperación. Incapaz de abandonarse de nuevo a la fantasía, deja a un lado las pistas y busca en los titulares de prensa un poco de reposo. Mira al cielo. Aunque chispea, el nivel de contaminación del aire es muy elevado.

Pasa distraídamente las páginas del periódico, las mira, pero lo que ve es un remolino de imágenes viejas en las que reconoce retazos de su pasado. Sigue pasando las páginas, distraída, lentamente. Los recuerdos se agolpan, cogen carrerilla y se precipitan contra el muro interior de la frente, desde donde retroceden impulsados por el impacto y se disuelven, hasta que aparecen otros, como el de las tardes oscuras y lluviosas en el cuarto de la plancha, metido en el corralito, junto al canasto de la ropa, jugando con los cochecitos sin decir ni mu mientras las gotas de lluvia dibujaban pincladas de agua en el cristal de la ventana...

---

«Es una pena que el día no acompañe —piensa—, pero mañana hará mejor», se consuela.

A lo lejos ve descender un avión. ¿Será el de sus amigos? Se levanta presuroso y sale disparado. Quiere recibirlos como se merecen, en primera fila. Por megafonía anuncian la llegada del vuelo: ¡din don, don din don!

La puerta corredera que los separa es de cristal opaco. De vez en cuando se abre para dar paso a los primeros viajeros, los que solo llevan equipaje de mano. Mo aprovecha esos instantes para estirar el cuello y asomarse. En una de esas, por fin los ve.

Lu y Txe esperan de pie junto al meandro que dibuja en su recorrido la cinta transportadora.

—¿Estás seguro de que es esta? —Txe mira alternativamente a la cinta y a su amigo.

—Si no te fías de mí, mira en la pantalla.

—Seguro que salen de las últimas —vaticina Txe.

«Como siempre. Seguro», piensa Lu.

—Me pone de los nervios equivocarme y coger la que no es. Me siento como un ladrón, ¡ya ves qué estupidez!

—Pues, sí.

La cinta se pone en marcha. Los viajeros toman posición. Lu anima a Txe a acercarse un poquito más para que no le quiten el sitio. Txe mira una a una las que aparecen, las sigue en su recorrido, se tensa. Hay un par de ellas que le hacen dudar. Le pregunta a Lu, pero Lu niega con la cabeza.

—¿No es ninguna? —Se extraña.

—No, Txe. Espera, no te impacientes, ya te aviso.

—Gracias. No sé qué haría sin ti, cariño.

---

Pasados unos minutos recogen la maleta de Txe; la de Lu tarda un poco más. Después de comprobar los cierres se encaminan a la salida. Charlan animadamente.

Una de las veces que la puerta se abre, Txe ve a Mo.

—Allí, ¿lo ves? —Salta, gesticula, zarandea a Lu, señala con el brazo, agita enérgicamente una mano por encima de la cabeza para atraer la mirada de Mo y apremia a Lu para que se dé prisa. Nada más traspasar la puerta corren hacia donde está su amigo. «Consuela que vengan a recogerte», piensa al despedirse mentalmente de un chico solitario al que no recibe nadie. La pena destella en sus ojos.

Mo espera lleno de... ¿alegría, nerviosismo, inquietud, arrepentimiento, curiosidad? En realidad, no sabe. Lo único que puede asegurar al ciento por ciento es la intensa emoción que siente y que no puede permanecer quieto ni estar callado, aunque no sepa qué hacer ni qué decir. Al verlos, abre los brazos, corre hacia ellos, se funde con los dos en un abrazo apretado y se besan y se besan y se confunden al besarse, colocando los labios donde las mejillas, las narices donde los ojos, las bocas donde las orejas.

Después de abrazarse mucho, de atropellarse con palabras de bienvenida y alborozo, de reírse como niños al reconocerse en los viejos chascarrillos, de suspirar, de mirarse y regocijarse por el buen aspecto que tienen, salen en dirección al *parking*. En menos que canta un gallo, llegan, suben al coche y se largan.

La mezcla de sentimientos que se le agolpan en la boca del estómago comienza a despejarse ahora que ha pasado el primer

---

momento. Después de todo, lo que siente por encima de cualquier otra cosa es pura alegría.

El viaje ha sido tranquilo y el aterrizaje suave, le comentan durante el trayecto al hotel. Mo se disculpa por el mal tiempo:

—Si hubierais venido ayer la cosa habría sido diferente, no que hoy...

—Allí arriba —comenta Lu— el día no parece el mismo. Todo el rato vine con las gafas puestas para evitar los destellos del sol en las alas. Parece mentira, ¿verdad?

—Sí que es verdad —responde Mo, excitados sus sueños por la imagen que describen las palabras de Lu.

El trayecto hasta el hotel es corto, pero el tráfico les obliga a una marcha lenta e intermitente. Lu se desespera porque el coche no corre tanto como las manecillas del reloj: está cansado. Txe también está cansado y sueña con tumbarse en la cama.

Hace tanto que no se ven, tanto sin saber de sus vidas, de sus correrías, de su fortuna, que las palabras no encuentran hueco para salir ordenadas. Poco a poco, cada uno por motivos diferentes, desisten de hablar a la espera de que las ansias dejen de galopar en sus corazones y se alejen lo suficiente para devolverles un poquito de tranquilidad. Los comentarios triviales se hacen cargo del embarazo, hasta que el silencio se instala en la conversación.

Lu apoya la frente en la ventanilla y deja vagar sus pensamientos. Una frase-mantra, «pero lo peor todavía está por venir», escuchada mil veces en la radio, le ayuda a adormecer la conciencia. Lu vive y duerme rodeado de cosas-mantra; la última, una cancioncilla que brota espontáneamente justo al acostarse. En ella, la vocalista, una pesada con voz de adolescente, no para de

---

hacer números sobre la cantidad de amor que le tiene reservado a su nuevo pichón.

Txe, por su parte, deslumbrado y aturdido por la luz de los coches con los que se cruzan, cierra los ojos y entra en duermevela.

Mo tamborilea en el pomo de la palanca de cambio y echa miradas rápidas sobre sus amigos, a los que invita a mirar un edificio, una fuente, el bullicio en las aceras... Derrotados por la paliza del viaje, asienten mecánicamente a cada sugerencia, le devuelven algún comentario desganado, que intenta ser amable, y vuelven a lo suyo. Mo también vuelve a lo suyo, buscando y rebuscando algo que pueda interesarles para romper el hielo y rebajar la tensión.

Por fin llegan al hotel. Bajan del coche, sacan las maletas, quedan para el día siguiente y se despiden. Lu y Txe permanecen de pie en la acera observando cómo el coche, con Mo dentro, se incorpora al tráfico. Después entran al hotel, se dirigen al mostrador de recepción, cruzan palabras vacías con el recepcionista —un hombretón del tamaño de una catedral y voz aterciopelada—, entregan la reserva y el DNI, firman, recogen la llave electrónica y suben.

Las moquetas del suelo del ascensor y de los largos pasillos amortiguan el sonido de las pisadas y de los pensamientos restándoles volumen y brillo.

Ya en la habitación, se tiran en la cama sin abrir siquiera las maletas y meten la cabeza bajo el edredón para que las voces que recuerdan no se les amontonen en las orejas y les taladren el cerebro. Ahora solo escuchan los latidos de sus corazones en las sienes.

Lu, así agazapado, hace memoria y pregunta a Txe, que siempre va a su rebufo, desde cuándo no ve a Mo. Txe duda al

---

pensarlo; no sabe si lo que ve de Mo se corresponde realmente con Mo. Lu mira a Txe con cara de no enterarse de nada. Piensa que Mo, independientemente de que se muestre de frente, de perfil o bocabajo, dejando a oscuras la espalda, el otro perfil o la coronilla, siempre será Mo, todo-Mo. Por esto le parecen fuera de lugar las dudas de su amigo.

Txe suelta una sonora carcajada, como siempre que a Lu se le sube la nariz cuando frunce el ceño movido por los hilos de la sorpresa, y le explica que Mo, siempre que habla de sí se refiere a un trocito dolorido o arrugado o demasiado graso, nunca a todo él. Por eso cree que Mo se llama Mo y no Mourinho Peña Silverio Ruidobro. De llamarse así piensa que es probable que nunca se hubieran conocido, porque no hay cosa que lleve peor que los nombres largos. Los nombres largos, dice, no hacen más que poner en evidencia la dificultad que tiene para recordar los nombres largos, y esto, a su edad, ya no está dispuesto a sufrirlo. Txe sabe que Lu, pase lo que pase, siempre será un nombre corto fácil de recordar. Por eso ama a su amigo, y por otras muchas cosas, a pesar de que Lu le tome el pelo definiendo su amor como una muestra de pereza de un zángano funcional.

Después de un rato de decirse todas las tonterías que se les ocurren, tiran el edredón al suelo, se levantan y salen corriendo al cuarto de baño para pisarle la vez al otro. Bueno, sí y no, porque al final, tras desnudarse a toda pastilla, ceden a la cortesía y se duchan juntos. Nada nuevo, por otra parte.

Lu y Mo no se parecen en nada, piensa Txe. Mo necesita de la etiqueta, del silencio y de la longitud de su nombre para hacerse notar. Lu, en cambio, no necesita nada para hacerse notar porque no sabe estar de otro modo que no sea en primera



---

línea, hablando por los codos y dibujando rayas en el cerebro del que lo escucha con el único afán de acentuar su propio contorno y darse relumbrón. Txe, en cambio, no va de nada que no sea pasar discretamente por la vida. Pero no por ello se queda al margen ni deja de tener sus gustos y preferencias, a pesar de que Lu, con su habitual verborrea incontinente, no se lo ponga fácil. Pero Txe se las apaña bien y siempre consigue decirle lo que piensa, aunque sea después de que Lu se duerma. Entonces, se despacha a gusto, incluso se pasa un pelín. Pero esto no se lo ha dicho nunca; es un secreto que no le sienta nada mal.

Txe ha nacido dos veces; la segunda, al despertar tras permanecer en coma diez años. Una extraña enfermedad, sobre la que nada consiguieron averiguar, solo constatar sus terribles consecuencias, se lo llevó al limbo de los durmientes. Desde entonces tiene dos edades; al día de hoy, cuarenta y nueve y treinta y nueve años, y no respectivamente, sino a la vez. Lo primero que dijo al despertar fue: «bu bu bu...».

—¡Impresionante!, Txe.

—¡Jo!, Lu, eso no es verdad. De tanto decirlo se lo van a creer —se queja Txe.

—¡Uy, uy, uy! Pues no que ahora te va a preocupar lo que diga nadie. Tú, que siempre has pasado de todo, ¡venga ya!

Lo que Lu no le dice a Txe es que se atrancaba al principio y que lo primero que dijo al coger carrerilla fue: «bu bu bueno, ¿qué hora es?».

Dormir tanto ha supuesto para Txe una pérdida de tiempo que nada tiene que ver con el tiempo ya que en ningún momento tuvo conciencia de los años transcurridos en el intervalo ni de acontecimiento que le sirviera para hacer memoria, «y esto no

---

es para tomárselo a broma —dice a quien quiere escucharle—, que bastantes disgustos he pasado por vivir en un cuerpo diez años más viejo que yo».

A Lu le entenece el querer y no poder de su amigo y los líos en los que se mete por ello, que no son pocos. Pero él siempre ha estado ahí para sacarle de los atolladeros y embromarle, cosa que a Txe le saca de quicio.

Una de las muchas cosas que no entiende Lu es por qué se le ocurren estas historias cada vez que le enjabona la espalda a su amigo. Tal vez sea por el modo en que se deja querer o por su piel, que parece enteramente la de un bebé.

Mo, Lu y Txe hicieron piña hasta mediados del Bachillerato. Mo, Lu y los otros chicos de la pandilla permanecieron unidos durante años. Txe, en cambio, se apartó del grupo arrastrado por la enfermedad de la adolescencia; así llamaba su padre al mal que padecía. Lu fue el único que no dio importancia a los desplantes de Txe, a sus silencios, a su malhumor, manteniéndose siempre a su lado, sirviéndole de puente, hasta que logró reintegrarlo a la pandilla y hacer carrera de él.

Txe lo pasó muy, pero que muy, muy mal en la adolescencia, tanto que rechaza de plano, si eso fuera posible, regresar a aquellos años. La imagen que guarda de sí es la de un chico cerrado, oscuro, metido en su cabeza, en las feas historias que le rondaban, un chico que odiaba a todo el mundo, que maldecía a todas horas su suerte y al que nadie hacía caso, seguro que por ser un privilegiado de tomo y lomo, y eso no casa bien con el derecho a la queja. Por eso callaba, porque nadie le escuchaba. Como consecuencia de su estúpido silencio, creció en su interior un odio